

EL DRAGON Y EL PRINCIPE



COLECCION MADRILITA Nº 50

El dragón y
el Príncipe

118 X 162



PRINTED IN ARGENTINA

EL DRAGON Y EL PRINCIPE

Una vez vivía un príncipe llamado Valeroso. Bien merecía tal nombre, porque no existía otro más valiente que él. Ningún otro caballero habría sido capaz de vencerlo y así su fama se difundió hasta lejanas regiones.

Una princesa, tan buena como hermosa, le prometió otorgarle su mano en la próxima primavera, y Valeroso estaba persuadido de que sería muy feliz con ella.

Llegado el mes de abril, el príncipe se dirigió a la corte del padre de su prometida, con objeto de llevársela. Mas cuando hubo traspuesto la frontera y penetró en el país de su princesa, observó muy extrañado, que la gente lo miraba con tristeza y que luego volvía el rostro para evitar sus preguntas.

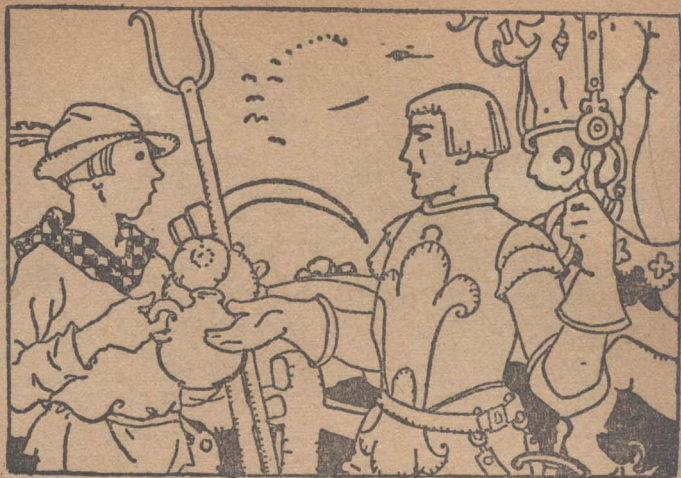
—¿Qué significará eso?—se preguntó al principio. Y como entonces acertara a pasar un muchacho, lo llamó, diciéndole:—Ven aquí muchacho, y explícame la razón de que todos parezcan estar muy tristes. ¿Qué les pasa?

—¡Ay, es a causa de la princesa Rosalinda!—contestó el muchacho con dolorida voz y echando a correr, antes de que el príncipe pudiese detenerlo.

Luego preguntó a una mujer, que le dió la misma respuesta. El príncipe Valeroso creyó sentir que una fría mano le oprimía el corazón, pues temió que hubiese muerto su amada princesa.

—¿Ha muerto acaso?—preguntó.

—No lo sabemos—contestó aquella mujer.—¡Ah, pobre princesa Rosalinda!



PREGUNTÓ A UN MUCHACHO LA RAZÓN DE QUE
TODOS ESTUVIESEN TAN TRISTES

El príncipe Valeroso no pudo contener su impaciencia y, clavando las espuelas en los ijares de su caballo, le obligó a emprender un galope furioso hasta llegar al palacio de los reyes, que eran los padres de Rosalinda.

Arrojó las riendas a un lacayo y empezó a subir las gradas de la puerta principal del palacio. Tal era su deseo de adquirir noticias, que se encaminó en línea recta a la sala del trono, donde estaban los reyes y se arrodilló ante ellos.

—¡Salud! —. les dijo. — ¿Dónde está Rosalinda? ¿Por qué el pueblo se muestra tan triste y todos se alejan de mí en cuanto me ven?

—¡Ay!—contestó el rey con acento dolorido.— Se vuelven porque conocen el dolor que habrás de sentir.



EL CASTILLO ESTABA GUARDADO POR UN DRAGÓN

Rosalinda, nuestra hermosa Rosalinda, ha sido raptada por el encantador Fosco y no hay modo de recobrarla.

Valeroso se puso blanco como la nieve, porque adoraba a la princesa con todo su corazón. Luego se puso en pie y llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—Mataré a ese encantador sin la menor piedad—prometiÓ.—¿AdÓnde ha llevado a Rosalinda?

—A su propio paÍs, que estÁ a diez jornadas de aquÍ—contestÓ el rey con el mismo acento de tristeza, en tanto que la reina llenaba de lágrimas su pañuelo de seda.—Mas nada podrÁs hacer, Valeroso, a pesar de tu ánimO y de tu esforzado corazón. Envié un poderoso ejército al castillo del encantador, pero lo hallaron guardado por un dragón, animal tan espantoso, que nadie se atrevió a acercarse siquiera.

—¿De modo que tu ejército ha regresado sin la princesa Rosalinda?—exclamÓ Valeroso con el mayor des-

dén.—¿Es posible que un ejército no haya logrado vencer a un dragón?

—No pudieron matarlo—contestó el rey.—Dispararon millares de flechas contra sus relucientes escamas, pero él se las sacudió como si fueran gotas de agua. Por fin, tres mil lanzas fueron a herir al monstruo, pero sin causarle más daño que si fuesen alfileres. ¡Oh, cuántos valientes caballeros dieron su vida! Cuando querían matar al monstruo con sus espadas, él les arrancó las cabezas, de modo que de todo mi numeroso ejército sólo regresaron veinte a darme cuenta del desastre.

—Eso es algo monstruoso—exclamó el príncipe, preso de la cólera.—¿Por qué el encantador Fosco ha de retener a Rosalinda, guardada por un dragón aborrecible?

—Lo ha hecho por rencor a ti—contestó el rey, dando un gran suspiro.—Tú diste muerte a su hermano, el malvado Caballero Negro, que se dedicaba a robar a los viajeros. Y cuando él se enteró, hizo el juramento de arrebatarte a tu prometida, para obligarla a que fuera su esposa. El día primero de mayo se casará con ella. Y cuando se entere de tu cólera y de tu pena, creará vengada la muerte de su hermano.

—¡Pues yo voy a rescatar a la princesa!—exclamó Valeroso, incapaz de esperar más.—El encantador no la hará suya, pues mataré al dragón y derrotaré a Fosco.

—¡Imposible!—replicó el rey.—Podemos dar por muerta a Rosalinda, porque nunca más volveremos a verla. No arriesgues tu vida, pues lo que no pudo conseguir un ejército, será del todo imposible para un solo caballero. Cálmate, príncipe Valeroso, y quédate a consolarnos.

Mas el príncipe, sin hacer ningún caso, salió a toda

prisa de la estancia. Y quienes pudieron ver su rostro, se asustaron al notar su terrible expresión.

Pidió su caballo Animoso y montó. Brilló el sol sobre su resplandeciente yelmo y en su larga espada, mientras se dirigía hacia el Oeste, hacia el reino árido y desolado del encantador Fosco. Allí no crecían las flores, sino unos árboles raquíuticos, y ello a causa de la magia negra que hubo de sufrir aquella tierra y que acabó con todas las cosas bellas.

La princesa Rosalinda estaba encerrada en una torre del castillo del encantador. Una escalera de caracol conducía desde su estancia al pie de la torre, cuya puerta, muy sólida, daba al valle. La puerta no tenía el cerrojo corrido, pues ello era innecesario, ya que el encantador había confiado la vigilancia de la puerta y de la princesa al dragón espantoso, de modo que nadie se habría atrevido acercarse siquiera.

Una sola cosa consiguió distraer el mortal aburrimiento de la princesa. Ello fué el día que vió aparecer en el valle el poderoso ejército de su padre. ¡Con qué interés observó sus movimientos, y qué esperanza alentó en su corazón al notar que los valientes caballeros rodeaban al monstruo! Y, confiada en su próxima liberación, vió los millares de flechas que, atravesando el aire, iban a clavarse en el cuerpo del dragón.

Mas ¡ay!, con los ojos llenos de lágrimas fué testigo de la destrucción del ejército, de la muerte de los valerosos campeones y de la fácil victoria del dragón. Pudo ver que muy pocos conseguían emprender la fuga y, amargamente se echó a llorar, al presenciar aquel triste espectáculo. Estaba ya segura de que no había esperanza para ella y que, al fin, habría de casarse con el



e Benzeville Foyster

ROSALINDA ESTABA ENCERRADA EN UNA HABITACIÓN DE LA TORRE DEL ENCANTADOR

malvado encantador, cuando volviese a su lado, el día primero de mayo.

—Voy hasta el fin del mundo, en busca de un regalo de boda más maravilloso que cuanto hayas podido ver en tu vida—le dijo.—Mi dragón te guardará para mí. Y si llega tu cobarde príncipe Valeroso, el dragón le dará muerte. Ahora seca las lágrimas y prepara sonrisas para mi regreso, porque, de lo contrario, conocerás mi cólera.

Se desvaneció como si fuese humo y la princesa lloró un día y una noche sin parar, porque se sentía muy desgraciada. Su única esperanza era que el príncipe Valeroso acudiese a salvarla, aunque también temía que en este caso el valiente joven muriese ante el feroz dragón, que, de día y de noche permanecía enroscado al pie de su ventana.

Cierto día, y cuando ya sólo faltaban dos para el fin de abril, la princesa estaba llena de temor, pensando que, dentro de muy poco tiempo, se vería obligada a casarse con el encantador. Muy triste, miraba a través de la estrecha ventana y, de pronto y a gran distancia, vió a un resplandeciente caballero, que se acercaba al galope de su montura ¿Quién sería? ¿Acaso Valeroso, su heroico prometido?

Con el corazón palpitante, siguió mirando en aquella dirección. Sí, era Valeroso. ¡Qué prueba de valentía daba al acudir en su socorro, aun sabiendo que el dragón había destruído a todo un ejército! Pero, en breve, el júbilo de Rosalinda se convirtió en pena, ante el temor de ser testigo de la muerte de su prometido.

Desde su ventanita le hizo señas para llamarlo y vió que se detenía a cierta distancia. A su vez, el príncipe agitó la mano y la llamó. Más la joven no pudo oír con



G. Beuveville Foyster

LLORABA DE DÍA Y DE NOCHE

claridad lo que le decía. En cuanto al dragón, al oír las voces, se enderezó y gruñó, y la princesa se puso muy pálida.

Valeroso siguió adelante y el dragón mugió para avisarlo. Estaba tendido al calor del sol y no deseaba moverse. El caballero siguió avanzando y, al fin, el monstruo se dispuso a salir a su encuentro. Al moverse, resonaron sus escamas y el aliento que salió de su nariz y de su boca era negro como el humo.

Entonces el caballo de Valeroso se detuvo, penetrado de terror, porque nunca había visto u olfateado un animal tan espantoso como el que tenía delante. Y en vano Valeroso quiso hacerlo avanzar, porque el bruto se negó a moverse.

De pronto y sin que nada lo hiciera sospechar, el asustado caballo volvió grupas y echó a correr, llevándose a su jinete. El dragón dió un gruñido de satisfacción y volvió a enroscarse al pie de la muralla. Se figuró que el caballero se había asustado y emprendido la fuga.

Mas Rosalinda estaba persuadida de lo contrario, pues pudo ver muy bien que el fugitivo era el caballo y no el jinete. Luego observó cómo éste echaba pie a tierra y arrendaba su montura al tronco de un árbol. Hecho esto, espada en mano, volvió hacia el castillo, aunque procurando no hacer ruido para coger por sorpresa al dragón.

El monstruo se desperezó al sol y cerró los ojos. Lejos el caballo relinchaba, mirando tristemente a su amo, y el dragón abrió un ojo para cerrarlo en seguida.

Entonces Valeroso tuvo una buena idea. Si el dragón continuara dormido, quizá podría pasar entre él y el muro, y aun abrir la puerta y penetrar en el castillo. Detúvose y esperó a ver si el monstruo se movía. En

efecto, los ojos del dragón permanecían cerrados y, a poco, profirió espantosos ronquidos.

Valeroso avanzó despacio, por detrás de aquel feo ser y se acercó corriendo a la puerta. Mas el dragón lo oyó y, volviéndose rápidamente, atacó. Sus grandes garras arrancaron una parte del escudo de Valeroso, pero él no sufrió ningún daño. Cerró la puerta y, en vista de que no tenía cerrojo, se alarmó al principio, pero luego pudo observar que aquella entrada no habría dejado pasar al dragón, de modo que se tranquilizó.

—¡Rosalinda! ¡Rosalinda! ¿Dónde estás?—exclamó.

—Aquí valiente príncipe mío—contestó la joven, con voz temblorosa, desde lo alto de la escalera de caracol y maravillándose de que el príncipe hubiese podido pasar por el lado del dragón sin haber sufrido ningún daño, porque, desde su ventana, no pudo observar la astucia de que se valiera.

Éste subió corriendo la escalera y estrechó en sus brazos a la joven. Le explicó cómo había penetrado en el castillo y ella, a su vez, le dió cuenta de todo lo ocurrido hasta entonces y de que el encantador se proponía casarse con ella el primero de mayo.

—Siendo así, habré de matar mañana al dragón—dijo el príncipe,—porque no podría luchar a la vez con él y su amo. Además, no puedo salir por la puerta porque el dragón está junto a ella esperándome, de modo que habré de descolgarme por la ventana.

—Conviene que duermas bien esta noche, en tanto que yo, con las sábanas de mi cama, te haré una fuerte cuerda—dijo la princesa.—En este armario hallarás lo necesario para comer y beber. Comamos pues, y luego te acostarás, hasta el amanecer, a fin de tener fuerzas para luchar con el dragón.

Comieron y luego el príncipe siguió el consejo de la joven, y se acostó. Mientras dormía, ella hizo tiras de las sábanas, las trenzó y así pudo obtener una cuerda larga y fuerte, que permitiría al príncipe descolgarse por la ventana. La luz de la luna penetraba en la estancia de la torrecilla y permitió a la joven seguir trabajando. Y en cuanto hubo terminado, fué a la ventana y se asomó.

Abajo estaba el dragón apoyado contra la puerta. Dormía entonces, como lo probaban los ronquidos. De su boca y de su nariz salía humo y chispas de fuego y la princesa tembló, comprendiendo que casi era imposible vencer a tal monstruo.

Se asomó un poco más y entonces vió algo muy curioso. En el fondo de la espalda del dragón había un espacio desprovisto de escamas.

—Si Valeroso pudiese herirlo en ese punto, con toda seguridad lo mataría fácilmente—pensó.—Sin duda es su único punto vulnerable.

Despertó a Valeroso y le dió cuenta de su observación. Él, a su vez, miró desde la ventana y distinguió aquel punto.

—¡Ah!—dijo.—Procuraré herirlo en ese lugar. Pero, mira, está a punto de amanecer y convendrá que me descuelgue por la ventana, antes de que despierte el dragón.

Besó a la princesa y luego dejó caer la cuerda que hiciera la joven. Ató el extremo superior a una barra de hierro y luego empezó a descender con el mayor silencio. En breve llegó al suelo y entonces, empuñando la espada, se acercó al dormido dragón.

Pero éste despertó en el acto y lo vió. Se apresuró a

levantar la cabeza y mugió con tal fuerza, que casi dejó sordo al príncipe.

De repente, el dragón se arrojó contra él, pero el príncipe le puso el escudo, para que clavase allí sus largas garras. Al mismo tiempo, Valeroso le dirigió una buena estocada, mas no pudo atravesar las duras escamas.

El dragón se arrojó de nuevo contra el príncipe, quien pudo esquivar el ataque. Al mismo tiempo dió un tajo tan fuerte, que consiguió cortar una de las garras del monstruo. Aquella herida lo enfureció de tal manera, que Valeroso apenas podía defenderse contra sus furiosos ataques. En un momento determinado de la lucha se cayó al suelo y Rosalinda dió un grito de terror, pero casi en seguida se puso en pie otra vez y reanudó el ataque, procurando herir aquel punto vulnerable de su espalda. Mas, al parecer, el dragón se había dado cuenta de ello, porque procuraba evitarlo. Así continuaron luchando toda la mañana y, al mediodía, Valeroso había recibido un mordisco en el hombro y el dragón se vió privado de sus garras anteriores.

Rosalinda presenciaba, aterrada y ansiosa, aquella larga lucha. Habría querido auxiliar a su prometida, pero no podía hacer cosa alguna. Vió que Valeroso hería una y otra vez a su enemigo, mas sin grandes resultados, a causa de la dureza de las escamas que lo cubrían.

Continuó la lucha toda la tarde y Valeroso empezó a sentir cansancio. No había podido herir al dragón en el centro de la espalda. Al fin, sin embargo, decidió llevar a cabo una temeridad, es decir, montar sobre el lomo del animal y herirlo desde allí.

Esperó la oportunidad y, de pronto y con gran sorpresa del dragón, saltó y montó en él, cual si fuese un caballo.

En vano fué que el monstruo quisiera hacerlo caer, porque no lo consiguió. Y el extraño jinete vió aquel punto vulnerable y dirigió a él su espada.

El enorme animal se estremeció y gimió de dolor; mientras tanto, el príncipe calvó su espada con toda la fuerza posible y, a los pocos instantes, tuvo la alegría de observar que su enemigo estaba muerto.

Apenas podía creer en su buena fortuna. Quedóse mirando al inmóvil dragón y luego levantó los ojos hacia la princesa, que le sonreía gozosa, al ver victorioso a su caballero.

Éste, fatigado y hambriento en extremo, subió a la habitación de la joven. Entonces el mordisco que le diera el dragón en el hombre, empezó a dolerle tanto, que el pobre príncipe se desmayó, cayéndose al suelo. Inmediatamente la princesa se arrodilló a su lado, le curó la herida y se la vendó con el mayor cuidado. Luego le sonrió y le dirigió sus alabanzas, de modo que el príncipe no tardó en recobrar su vigor.

Poníase ya el sol y Rosalinda se acordó, de pronto, que no tardaría en llegar el encantador.

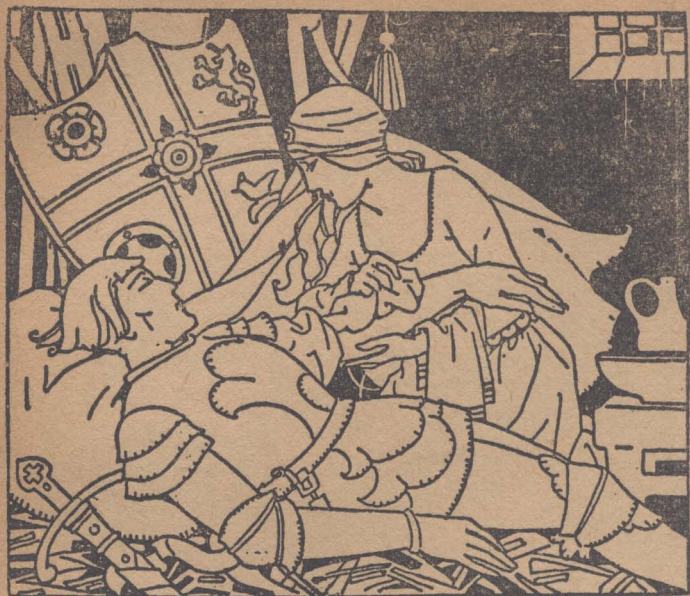
—Ocúltate detrás de esa cortina—dijo al príncipe—y cuando llegue el encantador, podrás salir a darle muerte.

Valeroso obedeció y los dos aguardaron con la mayor ansiedad. A las doce en punto de la noche, oyeron pasos que subían por la escalera y, al fin, el encantador penetró en la estancia.

—¿Quién ha dado muerte a mi dragón?—rugió. —Pero, en fin, veo que todavía estás aquí, princesa. Ahora me acompañarás para casarte conmigo y luego iré en busca del ejército que ha matado a mi dragón para destruirlo con mi magia.



VALEROSO LEVANTÓ LA ESPADA



ROSALINDA LE VENDÓ LAS HERIDAS

—No ha sido un ejército el que mató el dragón— contestó la princesa,—sino un caballero.

—¿Un caballero?—exclamó desdeñosamente el encantador.—¡Es imposible! Supongo que ahora añadirás que le ha dado muerte tu cobarde príncipe.

—Pues siquiera esta vez dices la verdad—contestó la princesa.—Y en cuanto a mí, me niego en absoluto a casarme con un hombre tan malvado como tú.

El encantador dió un grito de rabia y agarró el brazo de la princesa. Ella dió un chillido y, en el mismo ins-

tante, salió el príncipe y el encantador se vió amenazado por su espada.

—¡Mátalo antes de que pueda hacerte víctima de un encantamiento!—exclamó la princesa.

Valeroso levantó la espada y se disponía a cortar de un tajo la cabeza de Fosco, cuando éste pronunció unas palabras mágicas y se desvaneció, convertido en una columna de humo, a través de la cual pasó sin consecuencias la espada del joven caballero.

—¡Ha huído!—exclamó éste.—No he sido bastante rápido.

—Pues huyamos también, antes de que vuelva—dijo la princesa a su prometido.—Tu caballo nos espera. Por consiguiente, vámonos de aquí.

Bajaron a toda prisa la escalera de caracol y se dirigieron a donde estaba arrendado el caballo. Como la luna era muy clara, no tuvieron dificultad en hallarlo. El animal relinchó de alegría al verlos y ellos se apresuraron a montarlo.

Valeroso ocupaba la silla y en la grupa se sentó Rosalinda, sujetándose a la cintura de su compañero. Unas horas después amaneció y el mundo quedó inundado por la alegre luz del sol.

Los dos jóvenes se sentían muy felices mientras se dirigían al país de la princesa. Ésta podía considerarse a cubierto de todo peligro. Era el primero de mayo y el dragón había muerto.

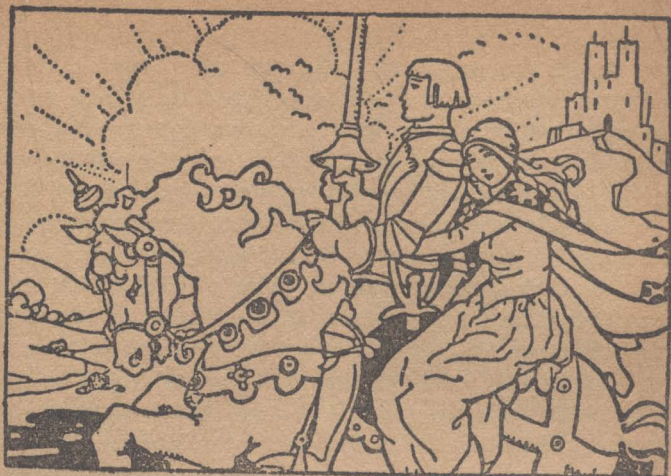
—La única cosa que me preocupa—dijo Valeroso—es el encantador. Me parece que no pude darle muerte y, por lo tanto, es capaz de volverte a raptarte de nuevo.

—Preguntaremos a la primera hechicera que encontremos, lo que sería más conveniente hacer—dijo Rosalinda.



EL ENCANTADOR SE CONVIRTIÓ EN UNA NUBE DE HUMO

Después de cinco días de viaje y cuando ya estaban a medio camino, llegaron a una casita, para alojarse en ella durante la noche. Su dueña era una hechicera y el príncipe aprovechó para pedirle su consejo. Ella le hizo referir toda la historia y luego se quedó unos instantes pensativa.



SE ALEJARON MUY SATISFECHOS

—No me será difícil averiguar si Fosco está muerto o no—dijo al fin.—Conozco un conjuro que le obligará a presentarse, si vive aún, y de esta manera podréis saber si está dispuesto o no a haceros algún daño.

Trazó en el suelo un círculo con tiza y luego murmuró unas palabras mágicas. De pronto apareció una columna de humo negro y Rosalinda, al verla, exclamó: —¡El encantador! ¡El encantador!

—Toma tu forma humana—ordenó la hechicera. Pero la columna de humo continuó inalterable y Fosco no se dejó ver. Entonces la anciana se echó a reír, dió siete palmadas y salió del círculo mágico.

Se desvaneció el humo y los dos jóvenes observaron su desaparición. Luego se volvieron a la anciana y pudieron ver que se sonreía.

—No le mataste—dijo al príncipe,—pero sí lo heriste de tal manera, que ya nunca más podrá recobrar su figura humana, es decir, que habrá de seguir siendo una columna de humo. Ese es un castigo terrible para un encantador como Fosco. Seguid, pues, en paz vuestro viaje, porque ya no podrá haceros ningún daño.

A la mañana siguiente los dos príncipes continuaron su camino y cuatro días más tarde llegaron al palacio del rey. ¡Qué alegría tuvieron todos al verlos! La reina interrumpió su llanto y empezó a sonreír. El rey daba palmaditas en la espalda a cuantos encontraba a su paso. En cuanto a Rosalinda y Valeroso, tuvieron que contar muchas veces sus aventuras, de tal manera, que llegaron a sentirse fatigados de tanto hablar.

En su casamiento las campanas resonaron alegremente y en todo el país se celebró una fiesta general. Luego Valeroso salió hacia su propia tierra, llevándose a la hermosa Rosalinda, con quien vivió muy feliz por espacio de muchísimos años.

EL CUMPLEAÑOS DE MARIA

Era el día del cumpleaños de María y la niña estaba verdaderamente emocionada. El cartero le llevó cinco tarjetas postales, dos cartas, un giro postal de cinco pesetas y un paquetito que contenía seis pañuelos.

Su mamá le regaló un libro de cuentos, su papá una caja de pinturas y Juanito, su hermano, una hermosa caja de lápices.

—Pero el tío Roberto no te ha mandado nada—observó Juanito muy sorprendido.—¡Qué extraño! Hasta ahora nunca se había olvidado de tu cumpleaños.

En aquel instante se detuvo ante la puerta de la casa un coche de entrega de la compañía de los ferrocarriles, se apeó un hombre, tomó un gran cesto redondo y con él se dirigió a la puerta de la casa. Marta abrió la puerta y el cesto fué dejado en el suelo del recibimiento. Al darse cuenta de ello, María corrió a ver qué era.

—¡Oh, mira, Juanito!—exclamó.—Está dirigido a mí, con letra del tío Roberto. ¿Qué será?

Desde el interior del cesto se oyó un ruido muy raro y María palmoteó de alegría.

—¡Es algo vivo!—dijo.—¿Dónde tienes el cortaplumas, Juanito? Corta el cordel y así sabremos lo que es.

Juanito cortó el cordel y levantó la tapa. Entonces saltó un perrito y, yendo hacia María, empezó a menear el rabo y a ladrar de alegría.

—¡Qué precioso!—exclamó María levantándolo. —¡Qué bonito es! Voy a llamarte Polín y serás mi amiguito y el de Juanito. Y los tres iremos a pasear.

Polín era el perrito más listo que os podáis imaginar. Pronto aprendió a acudir en cuanto oía que lo llamaban

por su nombre. Le gustaba mucho ir con los niños y cuando creía que era llegada la hora de salir a pasear, él mismo iba en buscar de la correa y se la entregaba a sus amitos.



Aprendió toda suerte de habilidades. Sabía ponerse en dos patas para pedir un bizcocho, que luego sostenía en la punta del hocico. Y cuando María le decía: "¡Ya!" lo arrojaba al aire para cogerlo luego al vuelo.

ERA UN PERRITO MONISIMO

Luego se tendía y se quedaba inmóvil, en cuanto Juanito le ordenaba que se hiciese el muerto, y no se levantaba hasta recibir la orden. Además, se convirtió en un perro muy bien educado, pues cuando empujaba una puerta para entrar en una estancia, no se olvidaba de

cerrarla luego, de manera que todo el mundo lo alababa por su inteligencia.

La niña le enseñó otras muchas cosas. Cuando estudiaba al piano, Polín se ponía en pie sobre las patas posteriores e iba de un lado a otro, como si quisiera seguir el compás de la música.

Un día los dos hermanos fueron invitados a una fiesta y como a ella había de ir un ilusionista, ya se puede comprender cuán contentos estaban los niños.

—Hoy no puedes acompañarnos, Polín—dijo María al perro, cuando éste se había dispuesto para salir— A los perros no se les invita, porque no se conducirían como es debido.

Polín se sentó sobre su cuarto trasero y, a su modo, rogó que lo llevaran, pero los niños no quisieron y lo dejaron atado y gimiendo.

El perro tiraba con toda su fuerza de la cuerda y tanto insistió, que, al fin, la rompió. Entonces empezó a olfatear, buscando el rastro de los niños y, al hallarlo, ladró de alegría. También iría él a la fiesta.

Pero al llegar, encontró cerrada la puerta principal. Ladró y gimó, pero nadie acudió a abrirla. De pronto, el perro vió que llegaba un mensajero y en cuando se abrió la puerta, metióse como un rayo al interior de la casa.

Ya se comprende cuál sería el asombro de los dos niños al verlo. María lo regañó mucho. En aquel instante la doncella entregó a la dueña de la casa la carta que trajera el mensajero. Era del ilusionista, que había perdido el tren y anunciaba que aun tardaría cosa de media hora.

—¡Qué lástima!—exclamó la buena señora.— Ya nos habíamos sentado para verlo trabajar. ¿Qué haremos



POLIN EMPEZÓ A ANDAR SOBRE SUS PATAS TRASERAS

hasta que llegue? ¿Sabe alguno recitar versos?

Pero nadie contestó, pues les daba vergüenza.

—¿Alguien quiere tocar el piano?—preguntó la dueña de la casa.

Al oír aquellas palabras, Polín enderezó las orejas y María, volviéndose a la señora, preguntó si le permitirían ordenar a su perrito que mostrase sus habilidades y todos consintieron de buena gana.

Entonces Polín tuvo ocasión de lucirse. Puso de manifiesto cuanto sabía hacer, con gran regocijo de los reunidos. Luego María se puso a tocar el piano, y el perro empezó a pasear sobre sus dos patas, en medio de los aplausos de los espectadores. Y al terminar el ejercicio, Polín se dejó caer sobre sus cuatro patas y meneó la cola, muy complacido.

En aquel preciso instante se abrió la puerta y entró el ilusionista. Al darse cuenta de que todos los niños allí reunidos se reían satisfechos y aplaudían a un perro, se quedó muy sorprendido. Pero en cuanto le dieron cuenta de las habilidades de Polín, se inclinó y lo acarició.

—Por regla general, cuando hago mis ejercicios, nunca permito que haya perros en la sala—dijo,—pero a ti, Polín, te lo permitiré por excepción.

Polín fué a ocupar una silla entre el público. Se fijó en todos los experimentos de ilusionismo y de prestidigitación y cuando el ilusionista sacó dos conejos de un sombrero de copa, el perrito se asustó. Él mismo había podido olfatear el sombrero, convenciéndose de que dentro no había nada.

Luego los niños fueron a merendar y Polín los acompañó. ¡Cuánto se divirtió! y también ¡cómo devoró!

Al llegar a su casa, se durmió en el regazo de la niña, que no se sintió con valor para regañarlo, después de lo que el perrito hizo en obsequio de la diversión de todos.

EL VIENTO

Soplaba un viento muy fuerte, tanto, que hacía encorvar los troncos de los árboles. Margarita y Juan se volvían a toda prisa a su casa, desde la escuela, y el viento, mientras tanto, parecía divertirse con ellos. Arrebató un libro a la niña, mandándolo a rodar por entre la hierba. Y cada vez que Juan se inclinaba para cogerlo, el viento volvía a soplar y se lo llevaba a cierta distancia, como si quisiera divertirse a su costa.

De pronto Margarita se detuvo, señaló a lo alto y exclamó:

—¡Mira, Juan! ¿Qué será eso que viene por el cielo?

—¡Dios mío!—contestó el niño después de mirar—
Veo a un grupo de personas muy pequeñas, agarradas al hilo de un globo de juguete. ¡Qué cosa tan extraña!

En efecto, era muy raro. El globo, que era azul y muy grande, empezó a descender y entonces pudieron ver que, colgados del bramante, iban cuatro personitas, parecidas, por su aspecto, a unos duendecillos. Cuando el globo descendió más aún, rodaron por el suelo y luego, poniéndose en pie, empezaron a sacudirse el polvo de la ropa.

—¡Muy bonito!—exclamó el mayor de todos ellos.—
¿Qué haremos ahora?

—¿Qué pasa?—preguntó Juan, yendo a su encuentro.—
¿Viajáis siempre agarrados al bramante de un globo de juguete?

—Sí. Somos los duendecillos aeronautas. ¿No lo sabías?—contestó el mayor de los cuatro.—
Siempre vamos

de un sitio a otro, llevados por el viento. Pero lo malo es que el globo es cada vez más pequeño. Míralo. Casi ya se ha reducido a la mitad de su tamaño. Sin duda tiene alguna rotura que deja salir el gas.

—¿Dónde estamos ahora?—preguntó el más pequeño de aquella tropa.—Supongo que esta comarca pertenece al País de las Hadas.

—No. Este es un lugar donde viven hombres, mujeres, niños y niñas—contestó Margarita.—¿Venís del País de las Hadas?

—No, sino del País de los Sueños. Sin embargo, nos dirigíamos al País de las Hadas. Supongo que el viento nos habrá desviado de nuestro camino. Observo que esta mañana está muy travieso.

—¿Y cómo haremos para regresar? — preguntó la mayor de las cuatro personitas.—Por otra parte, hoy tenemos precisión de llegar al País de las Hadas, pues habíamos de cantar en la reunión que da la reina.

—El globo ha reventado—observó de pronto uno de aquellos diminutos individuos.

—¿No podrías—preguntó otro al niño—aconsejarnos el medio para ir allá?

—Me parece que no—contestó Juan, después de breve reflexión.—No tengo ningún globo y aun mi aeroplano de juguete está roto; pero, sí, ya sé cómo.

—¿Qué es eso?—preguntaron a la vez Margarita y los duendecillos.

—Ahora me acuerdo de que ayer el viento me volvió del revés el paraguas—dijo Juan.—¿No os serviría para elevaros por el aire?

—Sin duda alguna—exclamó el jefe de aquellos viajeros aéreos.—Llévanos a tu casa y veremos.

Los seis echaron a correr y Juan llevó a sus nuevos



ALGUNAS VECES LOS VIERON VOLANDO

compañeros a la habitación de los juguetes, en donde les mostró el paraguas estropeado. El mayor de los duendecillos lo contempló unos instantes y luego dió unas palmadas de alegría.

—¡Ya lo tengo!—exclamó.—Haremos un paracaídas. Ayudadme a sacar el palo del paraguas.

Todos se esforzaron en realizar aquella operación, pero, al fin, se vieron obligados a cortar el palo, así es

que el paraguas adquirió un aspecto muy raro.

—Ahora dadme una anilla de esas que se usan para los cortinajes y una cuerda fuerte—ordenó el duendecillo, muy excitado.

Los dos niños le proporcionaron lo que había pedido, y el duendecillo aviador les dió las gracias. Luego cortó la cuerda en dimensiones iguales y ató cada una a las puntas de las varillas del paraguas. Por fin reunió todos los extremos y los sujetó a la anilla del cortinaje.

—Ahora hemos hecho ya un hermoso paracaídas—exclamó.—Sólo falta viento que lo hinche. Salgamos y quizá nos será posible hallar la brisa de las cinco.

—¿Cómo es eso?—exclamó la niña.—Ignoraba que los vientos soplasen a horas fijas.

—Pues entérate de ello—le contestó el duendecillo — Vosotros tenéis autobuses, trenes y tranvías que salen a horas fijas y nosotros, en cambio, tenemos vientos que soplan con igual puntualidad.

Entonces fué preciso estudiar un grave problema. El paracaídas no tenía más que una anilla y los duendecillos aviadores eran cuatro. Pero el mayor de ellos resolvió la cuestión, ordenando que los demás se agarrasen cada uno a las piernas del otro.

En aquel momento empezó a soplar el viento, que llenó la tela del paracaídas y lo elevó por el aire, llevándose a los duendecillos aeronautas.

Éstos quedaron entusiasmados ante las magníficas condiciones del nuevo aparato, y los niños, por su parte, contemplaron con envidia su vuelo.

Al fin desaparecieron. Pero los niños pudieron verlos de nuevo alguna que otra vez y notaron que seguían usando el mismo paracaídas, aunque después de haberlo pintado con alegres colores.

LA MERIENDA DE LOS ELFOS

DE LAS BELLotas

Isabel y Jacinto paseaban por su jardín, cuando oyeron un ruido muy raro, como de pasos de alguien de estatura muy pequeña; luego una caída, como si se hubiesen roto muchas cosas y, por fin, un sollozo.

—¿Qué será?—preguntó Isabel.—Ven, Jacinto. Vámonos a ver por detrás de ese árbol.

Los niños se dirigieron allá, es decir, detrás del enorme roble, y se quedaron muy sorprendidos al ver en el suelo a dos extrañísimos seres. Uno llevaba por sombrero la mitad superior de una bellota y el otro lucía una bellota entera sobre su cabeza. Este último regañaba al otro con la mayor acrimonia, y sobre la hierba los niños pudieron ver multitud de tacitas y platos, rotos en su mayor parte.

—Eres un elfo idiota y descuidado—exclamaba aquél.—Acabas de romper toda la vajilla, precisamente a la hora de merendar. ¿Qué voy a hacer ahora? Merecerías ser convertido en un saltamontes.

El otro extraño elfo le contestó con sus sollozos.

—¿De modo que se os ha roto la vajilla, cuando os disponíais a dar una fiesta?—preguntó Juancito.

—Así es—contestó el elfo, muy enojado.—Había invitado a merendar a todos los elfos de las bellotas y mi estúpido criado ha dejado caer el cesto, rompiéndolo casi todo.

—Oye, Isabel—exclamó Jacinto.—¿Y si les prestásemos el juego de té de las muñecas? Tiene casi el mismo tamaño que éste.



—MI ESTÚPIDO CRIADO LO HA ROTO TODO—DIJO

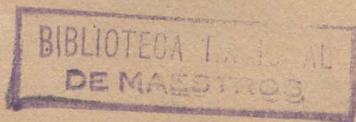
—¡Oh, sí!—exclamó la niña. Echó a correr hacia su casa y poco después volvió con la caja en que guardaba el servicio de te de sus muñecas. Se arrodilló y la abrió diciendo al elfo:—Mira, ¿te servirá eso? Te advierto que la cafetera y la tetera son como las de verdad. Si me prometes cuidarla mucho, te prestaré esta vajilla.

—¡Oh, muchísimas gracias!—contestó el elfo, que le besó la mano.—Te la devolveré mañana, temprano. Ahora os ruego que no habléis a nadie de nosotros.

Echó a correr, llevándose la caja, y lo siguió su criado. Los niños no pudieron darse cuenta de la dirección que habían seguido y volvieron a su casa, intrigados a más no poder.

A la mañana siguiente encontraron su servicio de te, cuidadosamente guardado en su caja y al pie de la puerta de la cocina. Vieron que aquella vajilla había sido lavada. La institutriz encontró la caja y la entregó a los niños, diciéndoles que eran unos descuidados y que, si no se corregían, acabarían perdiéndolo todo.

Pero Isabel y Jacinto se echaron a reír y la institutriz no pudo comprender la causa. Pero nosotros ya la sabemos, ¿verdad?



Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.



**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

**En preparación:
CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN
CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**



**Precio de cada tomo:
\$ 2.30**

GOROSTIAGA, 1650



BUENOS AIRES